

tica arquitectura, una construccion sólida, un escudo historiado que recuerda en sus símbolos heráldicos antigua hazañosa historia, indican la diferencia entre la casa señorial del hijo-dalgo vasco asentada en las villas y el castillo señorial de otras regiones erigido en las alturas y dispuesto á combatir con los municipios del llano. Pues en una casa noble de este carácter y de este linaje nació San Ignacio de Loyola. El país de su nacimiento parece una égloga viva; los valles de Azpeitia y Azcoitia, si bien estrechos, tienen un carácter riente. Graciosas y bien recortadas sus montañas, verdes y frescas sus praderas, poblados de canoras aves sus bosques, susurrantes y claros sus riachuelos, de corte helvético todo aquel territorio, de paz y libertad todas aquellas municipales villas, creeríasele mas propio para engendrar un Guillermo Tell de las democracias que un fundador de las milicias sombrías y téticas destinadas á la reaccion universal. Hasta la casa donde nació parece reñida con el ministerio que vino á cumplir en la historia. Nada de sombrío en ella. Sus ladrillos rosáceos le prestan reverberaciones venecianas; los prados y arroyos, que la cercan, le dan tintes de paz y felicidad; y hasta su arquitectura mudejar, llena de asiáticos esmaltes, con ventanas que semejan ajimeces, con aéreas cresterías, parece mostrar todo el lujo de invencion que la tolerancia relativa y mermada de los siglos medios diera con su propia virtud á nuestras artes y á nuestros artistas. Solamente la fria iglesia de decadencia, que al hogar de Loyola está pegada, mole cortesana, fastuosa y fria, en forma de águila rapaz, con carácter híbrido, ni bien católico ni bien pagano, llena de esculturas incorrectas y de adornos churriguerescos, semejante al salon de cualquier palacio y no al templo de la fe cristiana, muestra cómo el jesuitismo, reduciendo las fuerzas espontáneas del espíritu humano, á fuerzas mecánicas de un orden artificioso, ha destruido toda espontaneidad en las artes y ha hecho de la religion y del dogma una doctrina y un oficio del Estado.

Numerosa fué la familia de Loyola. Cinco hermanas y ocho hermanos compartieron aquel hogar hidalgo. La constitucion de la propiedad y de la familia entonces exigia que la mayor parte de los varones tomasen la carrera de las armas ó la carrera de la Iglesia, privados como estaban, por su orgullo, de tomar ninguna profesion mercantil ó industrial, sujeta de suyo á

los empeños y esfuerzos del trabajo. Mozo ya, hervíale la sangre calorosa en las venas, y necesitaba para esta grande actividad abundoso alimento. Sus hermanos abandonaron, segun fueron creciendo, el techo paterno, y esclarecieron é ilustraron el apellido hidalgo de su familia con verdaderas hazañas. Ultimo de aquellos catorce hijos engendrados por el feliz matrimonio de sus padres, no bastó su condicion de Benjamin querido en aquella familia enorme á detenerlo dentro del hogar. Las necesidades sociales se imponian de suyo con esa imposicion imperiosa que la sociedad echa sobre los individuos con sus leyes, con sus instituciones y con sus costumbres. Podia el mayor de los Loyolas dedicarse al cuidado de hacienda y casa, cual demandaba la vida social de aquellos tiempos; mas el menor, ó habia de optar por las armas ó habia de optar por la Iglesia. No sentia el gran defensor de la cristiandad católica y tradicional ninguna vocacion eclesiástica. Su hervidora sangre, sus acerados nervios, su precoz desprecio al dolor y á la muerte, su propension á los libros de caballería, su raza de navegantes y de soldados, mil concausas internas y externas, llamábanle vivamente á las filas del ejército y á los empeños de la guerra. Aventuras y combates, hé ahí las dos necesidades de aquel inquieto ánimo. Y largamente las atendió en su vida; y largamente las satisfizo en su obra. No, no cambió de vocacion, á guisa del monje y penitente sobrenatural de Asís. Su compañía, que hasta nombre militar llevaba, fué un ejército; y su ministerio histórico entero una militar aventura. No estaba ya la sociedad aquella de su tiempo establecida exclusivamente sobre las fuerzas guerreras; no existia el feudalismo en todo su vigor cual existiera en los días de la primera cruzada y á la congregacion de los primeros templarios. Las nacionalidades modernas se constituian á fines del siglo xv; la unidad nacional brotaba entre las ruinas de los castillos destrozados por la pólvora; la corona de los reyes, forjada en tantos combates, concluia como digno remate por ser la cúspide única del nuevo estado político; y á las Córtes discutidoras, á los brazos diversos, á las jerarquías varias de la tempestuosa Edad media, reemplazábales una familia reinante y un ejército aguerrido, con legiones de cortesanos y burócratas, á los cuales convenia sojuzgar para tener sojuzgado y rendido al gobierno. Grande diferencia, pues, entre los ejércitos del Papa, que Loyola debia fundar á principios del si-

glo XVI, y los ejércitos del Papa, que los templarios fundaron allá en el florecimiento de la Edad media. Mirad los caballeros del XII siglo, con su manto blanco y su cruz roja, ceñidos de relumbrantes armaduras donde salta la luz, cubiertos con aquel casco por plumas de colores alegres rematado, curtidos por las brisas marinas y por los ardores orientales, guiando sus escuadras sagradas y sus legiones caballerescas por las aguas del Mediterráneo y por las regiones del Asia; miradlos con sus largas espadas y sus árabes guzlas, despidiendo de las unas centellas gloriosas en los combates y despidiendo de las otras canciones amorosísimas en las treguas, y comparadlos con esos clérigos de negra sotana y cruz blanca, cubiertos con el prosaico bonete, acompañados de un libro formulario, seguidos por el ojo avizor de una autoridad omnipotente y misteriosa, tristes y pálidos como todas las decadencias, especie de cadáveres ambulantes por haber destruido en sí mismos lo más humano, lo más vital, que es la libertad; consejeros ocultos de los reyes, confesores misteriosos de las reinas, metidos en todas las intrigas, responsables de todos los retrocesos, diseminados por todas las tierras, y que no han podido persuadir al mundo, ni siquiera cuando van á los desiertos del Africa, del Asia ó de la América, en cumplimiento de sus misiones sagradas, á pelear por su Orden y á morir en el martirio, que les mueva otro aguijón, sino el aguijón de sus propios intereses; cruel, pero proporcionado castigo al suicidio increíble de la voluntad y de la conciencia en aras de un poder misterioso y de una idea indescifrable.

Montañas como las de Guipúzcoa, ya lo hemos dicho, inclinan á la resistencia; mares como los de Cantabria, ya lo hemos dicho, inclinan á las aventuras. Sus montañas debían mover al gran San Ignacio á la reacción; sus mares debían mover al gran San Ignacio á las arriesgadas empresas. Defender una idea histórica tradicional, antigua, organizada ya, de los asaltos que le daba el espíritu universal, necesitado de su emancipación, y defenderla por los medios propios de las asociaciones y partidos que miran á lo porvenir y se juramentan y se ocultan y conspiran: hé ahí la doble obra de San Ignacio, obra esencialmente conservadora por sus fines y esencialmente revolucionaria por sus medios. La reacción, la reacción universal, hé ahí el propósito primero de aquella voluntad incontrastable y la idea única de aquel audaz

pensamiento. Detener el movimiento de las ideas en su eterno curso; ahogar la emancipación del espíritu en su reciente cuna; volver á la omnipotencia espiritual y temporal de los Papas; hé ahí el programa de la Compañía. Para esto precisaba subir el río de los tiempos y volverlo á sus orígenes y á sus fuentes; precisaba saltar sobre las artes paganas del Renacimiento, saltar sobre los sistemas varios de la filosofía, saltar sobre el poder laico de los reyes, saltar sobre la misma *Suma teológica* de los tomistas, volviendo al siglo XI con una doctrina cuasi sensualista en metafísica y con otra doctrina cuasi probabilista en moral y con otra doctrina cuasi acomodaticia en política, deteniendo la Pascua de resurrección que celebraba el siglo XVI, matando la Reforma que pedía y necesitaba la conciencia, lanzando la tierra sin voluntad y sin razón, porque la voluntad y la razón eran cosa moderna, maniatada con las ligaduras de una teología casuística y una tradición enorme, á los pies del trono de los Papas, verdaderos reyes de los reyes en los Estados, y verdaderos dioses de las almas en la Iglesia y en la eternidad. Para creer que una obra de esta suerte anti-progresiva y anti-humana podía con facilidad realizarse, necesitábase aquel montañés que había mirado desde las altas cumbres del Pirineo, á vista de pájaro, las alas de los milanos y las nubes de las tormentas; que había combatido con el huracán y con las olas en las agrias riberas de su patria; descendiente de los marinos cuyos esquifes sin brújula se habían metido en las noches eternas de los Océanos del Norte y habían corrido tras las ballenas y tras las focas por los hielos de Suecia y de Islandia, borrando de su carta de bordo la palabra imposible. Intentó Ignacio una imposibilidad, y por lo mismo su derrota definitiva es indudable, como la derrota de todas las reacciones. Pero ¡cuántos obstáculos no ha opuesto al progreso y cuántas sombras no ha derramado en los días de nuestra emancipación y de nuestra libertad! Su obra de tal suerte propendía violentamente hácia atrás, que los mismos reyes, al pretender la plenitud de su autoridad para entrar con ella en la vida moderna, condensada por los adelantos del espíritu humano, encontráronse con que la terrible Orden había contraminado en las profundidades del abismo su camino y había querido volverlos á la Edad media disuelta por sus cetros y enterrada bajo las gradas de sus tronos. De aquí el conflicto entre los reyes filósofos del

siglo XVIII y los jesuitas de todo el mundo; conflicto que fué una expiacion providencial de los errores históricos y un **apercebimiento** á las revoluciones modernas.

Pero sigamos la historia de San Ignacio. Bien mozo debía ser cuando fué á la guerra de Navarra urdida por Fernando el Católico en sus naturales ambiciones de poseer toda la Península, y **urdida** tambien por el rey Enrique VIII de Inglaterra en sus naturales **ambiciones** de retrotraer la Guyana francesa á su imperio británico y de **contrastar** el creciente poderío de Francia. No busqueis la razon y la justicia en **aquellos** conflictos de reyes. Buscad la razon de Estado tan solo, fria, **cruel**, implacable, ciega, como las fuerzas mismas de la naturaleza, en las **cuales** no reinan ni la libertad ni la conciencia. Averiguar si Fernando V el Católico tenia ó no derecho á la corona de Navarra es averiguar lo excusado y **lo** inútil. Escogiólo Maquiavelo entre sus tipos de príncipes sin entrañas, **grandes** por lo mismo que carecian de todo escrúpulo; y lo escogió á sabiendas. Una vez que su yerno Felipe le contaba cómo el rey de Francia le dijera que **no** queria nada con el poderoso monarca de Aragon y de Castilla, por haberle dos veces engañado, respondió don Fernando: «Miente el bellaco, **engañéle** mas de seis.» Navarra era indispensable á la unidad nacional. **Lindando** con Castilla por la Rioja y por Guipúzcoa; metiéndose casi en el **centro** de Aragon por sus fronteras meridionales y occidentales; debía resultar **un** eterno impedimento á la relacion estrecha entre las provincias españolas, **una** manzana de discordia entre Aragon y Castilla, una puerta franca en el **Pirineo** á la constante ambicion de Francia y á las probables irrupciones **extranjeras**. Ó don Fernando no merecia el título de astuto político granjeado **á** su nombre por tantos varios hechos, ó don Fernando necesitaba herir, **dominar**, poseer á Navarra, tanto mas cuanto que tenia en Navarra puesta **siempre** su planta la vecina y formidable Francia.

Uníase á todos estos motivos la secular **rivalidad** entre Navarra y Aragon, que aun dura en nuestro tiempo, **sumada** con el natural temor á que los incendios, alimentados por las pasiones **contrarias** de agramonteses y biamonteses, pudieran pegarse á los **dobles dominios** de don Fernando el Católico. Así la política de los monarcas **españoles** consistia en proteger y

combatir alternativamente á los diversos rivales de aquel verdadero campo de Agramante, para que solo pudiese hallar paz y prosperidad á la sombra de su esplendente corona. Reinaban por 1512 doña Catalina y don Juan de Albret, príncipe consorte, llamado á exaltar su diminuta dinastía en venideros tiempos al trono de Francia y desde allí al trono tambien de España. Soberana doña Catalina, combatíala su cercano pariente Juan de Foix, por creer válida en aquel reino la ley sálica; y á virtud de esta validez tocarle inmediatamente la corona. El rey Católico, que por un lado fortalecia la triste autoridad del matrimonio reinante, por otro lado la debilitaba con la proteccion concedida de continuo y adrede al revoltoso señor de Lerin, quien esparcia por todas partes los continuos desastres de una guerra feudal incesante. En las instrucciones reales descúbrense todo el maquiavelismo natural de aquellos monarcas copiados por la pluma de Maquiavelo. Su propio secretario Almazan escribíale al rebelde caballero estas terribles palabras como instruccion del rey aragonés: «E que si pudiese tomar alguna cosa buena por trato ó por furto, que la tome». Tal proteccion prestaba Fernando V á sus protegidos.

Mientras vió Fernando la mano de Francia en las pretensiones del conde de Foix, **contrarió** á este conde. Pero, en cuanto los reyes mismos de Navarra, Catalina y Juan de Albret, se inclinaron á Francia, **contrarió** á los reyes de Navarra, naturalmente anheloso por debilitar su autoridad y alzarse con su reino. Sirvióle mucho, para esto, audaz bula de Julio II, quien pagado de su autoridad política, que confundia con su autoridad religiosa, llamaba herejes á cuantos no le seguian en sus proyectos territoriales y declaraba depuestos á los reyes que se mostraban enemigos de su política mundana y de su personalidad régia, poniendo, como si fuera todavía un Gregorio VII, en horroroso entredicho sus reinos. A virtud de tales ideas lanzó bula de excomunion mayor contra los reyes navarros, y confióla nada menos que á las aviesas manos del astuto y cauteloso aragonés. Anhelante por quebrar con ellos, propúsoles una mediacion y una concordia, para cuyo estudio pidieron los reyes amenazados algun tiempo. Y mientras estudiaban, murió Gaston de Foix heroicamente allá en la batalla de Rávena, y volvieron á optar por la amistad de Francia los reyes de Navarra, con lo cual prestaron